



Uno de los muchos carteles que, en La Habana, anuncian la Conferencia de No Alineados.

LOS NO ALINEADOS Y ESPAÑA

EDUARDO HARO TECGLÉN

El lunes ha comenzado en La Habana el primero de los tres niveles de la Conferencia de los No Alineados: los embajadores. Preceden a los ministros de Asuntos Exteriores y a los Jefes de Estado, que se reunirán el lunes próximo. Es una fórmula habitual en las grandes conferencias internacionales: se supone que los pasos anteriores permitirán rechazar los temas menores, reducir las dificultades, progresar en los puntos comunes y llegar a principios de acuerdo de forma que, cuando se produzca la "cumbre" de Jefes de Estado y de Gobierno, los acuerdos sean fáciles. No siempre es así. Cuando lo es, es porque se han aplazado o apartado problemas serios. No hay ninguna entidad supranacional en el mundo en la que los acuerdos sean plenos; el signo de la época es más bien el contrario. Los no alineados no son una excep-

ción. A partir de su propia definición: el rotundo y claro nombre que les preside está, como se ha dicho, lejos de responder a las circunstancias de cada una de las ochenta y seis naciones que lo componen (más siete que aspiran a integrarse en esta Conferencia). Convengamos en que la mayor parte están sometidas a formas de alineación aun en contra de su voluntad. Ya es una razón para que se reúnan, y traten de conjuntar sus problemas. Las organizaciones internacionales o supranacionales expresan, en los dos casos, más que una realidad, una voluntad de ser lo que dicen ya ser: los países No Alineados, reunidos en La Habana, expresan sobre todo la necesidad y la aspiración de ser No Alineados, más que su **status** verdadero en el mundo actual. Cada uno de ellos tiene infiltrada en su política, en su economía, en su Ejército, en su sociedad, la

presencia de uno de los dos grandes bloques de los que todos quieren ser independientes; la misma Conferencia de La Habana sufre, también, esas infiltraciones. El conjunto de esos países representa, aproximadamente, los dos tercios de las naciones admitidas en la ONU, y también aproximadamente dos tercios de la población humana. Sus bienes naturales, sus riquezas, suponen casi el noventa por ciento de las del mundo, o de las que el mundo necesita para proseguir las formas actuales de civilización; sus habitantes son una inmensa fuerza de trabajo, y sus posiciones geográficas tienen valores diversos en la actual estrategia global: cada bloque intenta manejarlas contra el otro, bien directamente, bien enfrentándolas entre sí.

La tendencia natural histórica de esas naciones hizo de ellas, en teoría, un campo contrario al bloque

encabezado por los Estados Unidos. Hacia los años sesenta comenzaron a salir de la colonización occidental, a veces con guerras crueles: la colonización había sido claramente una explotación, una denigración de las culturas locales, una superposición forzada de valores ajenos (religiones, idiomas, enseñanzas) dentro de una discriminación visible: la posesión de grandes bienes estaba prácticamente reservada al colono, como la enseñanza superior, los grados militares, los puestos técnicos. Las descolonizaciones, sobre todo cuando hubo guerras por medio, se produjeron por lo tanto dentro de una enemistad hacia el colonizador y un refuerzo inicial de los valores nacionalistas. Al iniciarse la situación de independencia se advirtió en cada una de ellas que seguía existiendo una gran dependencia. En los años o siglos de la colonización, sus economías y sus

LOS NO ALINEADOS Y ESPAÑA

fronteras se habían creado en virtud de las necesidades de las metrópolis; se encontraban sin técnicos y sin políticos; y sus industrias no eran suficientes para la transformación del país. Todas sus riquezas naturales no las sacaban de la pobreza de estado: a estas naciones prácticamente pobres se las llegó a llamar, en una de las numerosas definiciones que han recibido, naciones proletarias. Representaban, en realidad, un nuevo aspecto de la lucha de clases: eran el gran grupo pobre sobre el que se edificaba la civilización del pequeño grupo rico. Lógicamente, en su seno se iban a producir tendencias, centradas sobre todo en dos conceptos: los que pretendían llevar la revolución al extremo, junto con la independencia, y los que entendían que lo mejor para elevar la situación nacional era colaborar con las naciones ricas valorando cada vez más sus productos. Estas tendencias básicas, con los posibles egoísmos y manipulaciones, han producido toda la serie de revoluciones y golpes de Estado que surgen en estos países desde la independencia hasta nuestros días. En torno a estas tendencias, y a las personalidades más o menos estables, más o menos fáciles a la corrupción, más o menos iluminadas, han actuado los dos grandes bloques. A la vista de lo que sucede hoy en ese grupo de naciones, se puede convenir en que ninguna de las formas que se han presentado en esta tensión, y ninguna de las soluciones o salidas a las que se ha podido llegar, ha representado una satisfacción. Ninguna de las sociedades ha salido de su pobreza, ni de ciertas formas interpuestas de explotación —por medio de castas dirigentes, feudales unas y de nueva creación otras—. Este es uno de los problemas que presenta la reunión de los No Alineados: quienes negocian, discuten o hablan en nombre de esos países son sus poderes, sus

Gobiernos. Y sería demasiado ingenuo creer que, siendo como son la mayor parte de ellos dictaduras de uno y otro signo, esos Gobiernos y esos personajes que asisten suponen los deseos y aspiraciones de toda la población, ni siquiera de una mayoría de ella. Aparte de los signos políticos que presentan. Ni siquiera en los casos en que puedan representar esa mayoría, su situación en el mundo les permite aparecer en La Habana más que como una aspiración. Se puede poner el caso de Jordania, gobernada por una

papel de sus delegados en La Habana podrá llegar al máximo.

La intervención o interferencia de los dos grandes bloques en los países implicados y en la Conferencia en si se plantea en un número elevado de problemas locales, y en una situación general de sistemas políticos o de regímenes. Cada bloque tiende ahora a demostrar que un cierto sistema o un cierto alineamiento puede ofrecer las mejores garantías de desbloqueo de la situación de pobreza y explotación. Hay un amplio grupo de

Cuba, país anfitrión de la Conferencia. Probablemente Cuba, después de su revolución, ni siquiera ha tenido que elegir la alianza de la URSS y el alineamiento indiscutible de su política: ha sido llevada a ella por la agresión constante —militar y económica— de los Estados Unidos, por el riesgo continuo de su vecindad con la cabeza de un bloque hostil. Podría decirse lo mismo del Vietnam, cuya independencia y estabilización no habría podido conseguirse, a pesar de la lucha incesante de su pueblo, sin la ayuda de la Unión Soviética y cuya existencia actual estaría probablemente liquidada —por China—, de no tener ese mismo respaldo. La tesis visible de esos países es la de considerarse independientes de la URSS, pero necesitados de ella para combatir el principal enemigo, que es el imperialismo de los Estados Unidos. Puede decirse lo mismo de otros varios de los presentes. Pero hay a su vez un bloque muy numeroso y muy influyente que es el que va a presentar los "nuevos regímenes": las democracias controladas o dirigidas de Latinoamérica. Es un bloque que declara continuamente su independencia de los Estados Unidos, que en muchas cuestiones de política internacional aparece muy distante, verbalmente, de las tesis de la Secretaría de Estado; pero que rechaza continuamente los revolucionarismos o los comunismos, incluso a la europea, como solución; y que no ve en la Unión Soviética el aliado natural. Es indudable que este grupo de países está, ahora, fortalecido por Estados Unidos; se sabe que la política de Carter es la de sustitución de las tiranías latinoamericanas por ese sistema de regímenes "posibles", a cambio de la evicción de los revolucionarismos. El papel de este grupo en la Conferencia de La Habana no se puede presentar, naturalmente, como el de la llamada a una alineación con los Estados Unidos; pero sí



Robles Piquer: "Hay que desmentir que España acuda como una especie de peón de los Estados Unidos".

Monarquía feudal y tradicional, o se puede poner el de Rumania: suponemos que el Gobierno actual de Rumania representa una especie de denominador común para una población que quiere realmente su independencia con respecto al bloque soviético; pero esa independencia no existe, y difícilmente el

países que van a alegar que el antiimperialismo es la base de la resurrección, por las razones antes apuntadas de hostilidad hacia lo que llamamos Occidente —como entidad política, naturalmente, y no geográfica—, lo cual implica por lo menos una amistad con la Unión Soviética. Es el mismo caso de



Delegación de Guinea Ecuatorial, presidida por el teniente Cayo José Gomo, a su paso por Madrid.

como una negación a la hostilidad para con ese bloque y una advertencia de la necesidad de independencia con respecto a la URSS. Cuando este grupo esté abogando por el esfuerzo de la no alineación, de la equidistancia real, está sobre todo abogando por el distanciamiento de la URSS y por el establecimiento de los "nuevos regímenes".

Es aquí donde tiene su papel España. España, como se sabe, asiste como simple "invitado", quizá como "observador": no tiene voz ni voto, ni lo pretende. Su forma de adscripción al grupo latinoamericano que va a llevar la voz del "nuevo régimen" —que es, principalmente, el Pacto Andino— es la misma: observador. La derecha española, que se distingue por su incapacidad de comprensión de todo el juego político interior y exterior del Gobierno Suárez, ha criticado duramente el envío de la delegación a La Habana, considerando que es una conferencia izquierdista o antiamericana, y que eso está en contradicción con

nuestro "europeísmo" —léase OTAN— y nuestra decidida inclinación por el mundo occidental —léase de nuevo OTAN, más bases americanas, más anticomunismo militante—; no le ha consolado siquiera que la delegación esté presidida por el señor Robles Piquer, conocido en sus actividades políticas y personales como uno de los más considerables anticomunistas del Cuerpo Diplomático, como uno de los más conspicuos personajes de una derecha muy señalada. Hasta es posible que haya sido designado para esta delegación más que por la razón de su cargo, mal comprendido y mal instalado dentro de la Administración, que es el de secretario de Estado para Asuntos Exteriores —cargo inútil habiendo un ministro, incluso más de uno, encargado de las relaciones exteriores— por esa personalidad que no ha desmentido nunca. El señor Robles Piquer, al salir para La Habana, ha hecho unas declaraciones muy explícitas: "Hay que desmentir que España acuda como una especie de

peón de los Estados Unidos. No lo permitiría nuestra dignidad ni lo aconsejarían nuestros intereses". Es un desmentido curioso, cuando lo que hasta ahora se ha estado diciendo es que Estados Unidos veía con evidente disgusto la presencia de España en La Habana. Ha habido una confusión sobre este tema, sobre todo en el nivel de los rumores: se ha citado la reunión de Suárez con Cyrus Vance, o la delegación de congresistas de Estados Unidos en Madrid. Dejando aparte las cuestiones de dignidad, que en política exterior tienen un valor independiente del que se suele darle en la vida cotidiana, y dejando aparte la verdadera necesidad de la presencia de España en una conferencia donde se va a tratar la cuestión del Sahara o los problemas de la pesca y las aguas internacionales, donde va a entrar la ahijada Guinea Ecuatorial, y ojalá tuviera España alguna calidad más que la de invitado u observador para discutir esos problemas, y no tuviera que limitarse al "trabajo de pasillos", la presencia de España parece enormemente útil para todo ese grupo de naciones que presentan los "regímenes nuevos". Para los Estados Unidos, el régimen español no deja de ser un ejemplo, un modelo: muchos nuevos demócratas de América lo esgrimen como la fórmula mágica del tránsito de la dictadura hacia el pluralismo. En los últimos meses, España representa ardientemente ese papel, sin duda porque es el de su interés propio —y su interés propio recomendaría que se llevara incluso más allá—; pero es un papel que agrada profundamente a los Estados Unidos. No entremos en la cuestión del peonaje, por no molestar el concepto de dignidad del señor Robles Piquer; es una cuestión de ejemplaridad. La acción de España en Guinea Ecuatorial, apoyando un régimen que cambia sus alianzas soviéticas —y cubanas, y chinas— y derriba una tiranía, aunque

sea renuente a una democratización inmediata, es un punto interesante: y si la delegación guineana va a ser objeto de una acogida clamorosa en la Conferencia, algo de ese clamor recogerá también el señor Robles Piquer: esto es, España. Como la acción de apoyo —en su medida, más moral que otra cosa— a la revolución de Nicaragua y la que ofrece ahora al régimen establecido, en medicamentos y en alimentos, además de en visitas ministeriales y de la oposición, que conducen a la misma ejemplaridad. O como la hostilidad con que Marruecos nos regala maravillosamente, precisamente en vísperas de esta Conferencia: Marruecos, país condenado por los tercermundistas, por los No Alineados, los árabes y la Organización de Unidad Africana, que va a ser de nuevo condenado o reprendido en esta Conferencia. Todo ello da una personalidad considerable a España, dentro de sus intereses sin duda, pero dentro también de un juego político mundial. Todo esto es lo que no acaba de comprender la gran derecha, que con tal de acusar a Suárez de rojo y de ofrecerse para sustituirle con fines altamente patrióticos, se niega a cualquier clase de reflexión; incluso la de que su actitud está sirviendo, dentro y fuera, al propio Suárez. Y olvidando también que el "tercermundismo" fue la etapa más clara de la política de su régimen franquista, cuando cultivó especialmente los países árabes y los países americanos.

La declaración de voluntad de no alineamiento en La Habana va a estar sometida a las discusiones en la forma del no alineamiento: discusiones emitidas por los dos grandes bloques. Por sus vías afines o posibles. Todo ello le da un gran interés. Quizá no el interés mismo de las razones por las que ha sido convocada, quizá el interés de ver qué sistemas prevalecen y qué discusiones se entablan. ■